



NUM. 48. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE NOVIEMBRE DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



En la semana que concluye hoy ha sido objeto de todas las conversaciones, la causa que se sigue en Barcelona contra el que dice ser don Claudio Fontanellas, hijo del primer marqués de Casa-Fontanellas, acusado de usurpacion de nombre y condenado en primera instancia por el juzgado de aque-

lla ciudad á doce años de presidio mayor. El primer abogado defensor del procesado, señor Nieva, ha sido reducido á prision bajo acusacion de desacato á la autoridad; y el segundo abogado defensor, don Indalecio de Caso, llamado de Madrid para encargarse de este negocio, ha publicado un folleto en que espone todos los antecedentes y circunstancias de la causa, la cual se halla pendiente de consulta en la Audiencia. Este folleto, cuya primera edicion se ha agotado en pocos dias, no obstante haber sido reproducido por toda la prensa, es el que ha hecho fijar la atencion pública en el proceso Fontanellas, sobreescitándola hasta un grado extraordinario.

Y á la verdad hay motivo para esta sobreescitacion. El señor Fontanellas era un opulento comerciante de Barcelona, cuyo capital calculan algunos en treinta y tantos millones de reales. Su hijo segundo don Claudio, por diferencias que tuvo con su padre, y que son largas de contar, le anunció que abandonaba la patria y que no volveria en cierto número de años, en diez y seis, segun parece. Esto pasaba en 1845. Desapareció en efecto el don Claudio: murió su padre; y entre otras cosas dejó dispuesto en el testamento que si aquel se presentaba se le entregase la parte de herencia que le correspondia, segun su última voluntad, y sola-

mente se dispusiera de ella en favor de sus hermanos cuando constara evidentemente y sin género alguno de duda la muerte de don Claudio.

En 1862 sobrevivian de esta familia don Lamberto Fontanellas, poseedor del título de marqués, y una hermana suya, casada con el de Villamediana, sin contar el don Claudio, del cual no se sabia si era vivo ó muerto. Una tarde recibe don Lamberto Fontanellas una carta diciéndole que su hermano está en el puerto abordo de un buque que acaba de llegar de Buenos Aires. Envia por él, le abraza, le admite en su casa, pone un parte telegráfico á su hermana y cuñado, que se hallan en Madrid, y presenta á sus amigos al recién llegado.

Pero á los seis ú ocho dias empieza á concebir dudas acerca de la identidad de este y de su hermano; y no tarda el don Claudio en ser conducido á la cárcel bajo la acusacion de ser Claudio Feliu y Fontanills, aprendiz de confitero, y haber querido pasar por don Claudio Fontanellas, hijo y heredero de un opulento comerciante.

El procesado da noticias de todo y de todos: dice que ha servido en el ejército de Buenos Aires desde soldado á oficial, presenta sus despachos: estos se unen á la causa y aparecen enmendados diciendo Fontanills donde decia Fontanellas; cita al general Urquiza, á cuyas órdenes sirvió, y pide que se le examine de los conocimientos militares en infantería, caballería y marina, y en la lengua francesa, conocimientos que no podía tener el confitero. Pero el juez cree innecesarias estas averiguaciones, porque otros muchos testigos, entre ellos los padres de Fontanills dicen que aquel es Claudio Feliu; y en su consecuencia dicta el auto condenatorio de que hemos hablado.

El señor Caso, autor del folleto, aduce tal número de datos, documentos y reflexiones en defensa de su patrocinado, que debemos decirlo, la opinion pública, despues de haber leído ese escrito, se inclina á favor del don Claudio, y á creerle víctima de una de las intrigas mas horribles que pueden verse en esta época. Por su parte el marqués de Villamediana ha publicado un comunicado en los periódicos, diciendo que va á denunciar el folleto del señor Caso; que no le contesta desde luego porque así se lo aconseja un letrado; y que entre tanto, ruega al público que suspenda su juicio. Suspéndámosle, pues, nosotros: solo diremos, mientras está suspendido, que denunciar no es contestar.

Si el don Claudio es un impostor, es necesario que no

solo á la vista de los jueces, sino á la vista del público que ha leído su defensa, aparezca su impostura tan clara y evidente como la luz del mediodia, para que la generalidad del público rectifique su opinion.

Si no es un impostor, si realmente como su defensa sostiene es don Claudio Fontanellas, habria que deducir consecuencias gravísimas, de que nos abstenemos hasta saber el resultado de este asunto, en el cual tiene el público fija la atencion.

El martes 25, aniversario del nacimiento de Lope de Vega, se celebró una solemne ceremonia en la casa que habitó este *fenix de los ingenios* en la antigua calle de Francos, hoy de Cervantes, número 15. Esta ceremonia consistió en la inauguracion de un medallón de mármol blanco, costado por la Academia Española y colocado en la pared exterior de la casa, con un targeton en que se lee: AL FÉNIX DE LOS INGENIOS FREY FELIX LOPE DE VEGA CARPIO, QUE FALLECIÓ Á 27 DE AGOSTO DE 1635 EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD, LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, AÑO DE 1862. Debajo de esta hay otra leyenda que es la que Lope mandó poner sobre la puerta de su casa, y que dice:

D. O. M.
PARVA PROPRIA MAGNA
MAGNA ALIENA PARVA.

Por último, corona estas inscripciones el busto del poeta dentro de otro pequeño medallón, en cuyo borde se leen los títulos de dos de sus comedias: *El mejor alcalde el rey* y *El acero de Madrid*.

A la una del dia se reunieron en la casa las personas invitadas para la ceremonia: el corregidor de Madrid, una comision de la Academia, otra de autores y actores dramáticos, y otra de sacerdotes naturales de Madrid. La prensa periódica no fue invitada, sin duda porque cuando murió Lope de Vega no habia en España prensa periódica; verdad es que tampoco habia Academia Española.

El señor don Eusebio María del Valle se sentó en el sillón presidencial, colocado en la sala principal de la casa, teniendo á su derecha al duque de Sesto y á su izquierda al capellan de la congregacion de presbiteros de Madrid. El señor Ferrer del Río leyó el acta de la Academia en que se acordó llevar á cabo el pensamiento de colocar el espresado medallón; leyó tambien la escritura de compra de la casa por Lope de Vega, y el testamento del insigne poeta. Acto continuo el escriba-

no señor Garamendi leyó el contrato hecho con los dueños actuales de la casa, que firmaron estos, y por el cual se comprometen á mantener la servidumbre del espresado medallón; y por último, los señores Valle y duque de Sesto salieron al balcón y corrieron las cortinas que ocultaban aquella obra, debida al cincel del señor Ponzano, cuya aparición fue saludada con los aplausos del pueblo y los acentos de la música de un regimiento de ingenieros.

Los dueños actuales de la casa, los señores viuda é hijos de don Francisco Lopez de Morelle, han hecho todavía algo más. No solo han aceptado gustosos la servidumbre impuesta á la casa, sino que en lo alto de la escalera y en el lienzo frontero han colocado á su costa una elegante lápida de mármol negro, donde en letras doradas se lee esta inscripción:

«A la real Academia Española, en memoria de la sesión pública y extraordinaria que celebró en esta casa el día 25 de noviembre del presente año, aniversario del nacimiento del ilustre madrileño Lope de Vega, con motivo de inaugurar el monumento que le consagra; los sucesores actuales en la propiedad, viuda é hijos de don Francisco María Lopez de Morelle; año de 1862.»

Y en el portal á mano derecha han mandado fijar sobre lienzo la siguiente: «El doctor Frey don Félix Lope de Vega Carpio (el Fénix de los ingenios), nació en Madrid, reinando don Felipe II, á 25 de noviembre de 1562, en la puerta de Guadalajara (Mayor 82), siendo bautizado en la parroquia de San Miguel. En 7 de setiembre de 1610 compró esta casa, y después de librarla del servicio de aposento en 1613, labró este edificio, en el que falleció á los 70 años de edad, reinando Felipe IV, en 28 de agosto de 1633, siendo sepultado en la bóveda de la parroquia de San Sebastian. Por su muerte la heredó su hija legítima doña Feliciano, y por la de esta su nieto el capitán don Luis Antonio de Usátegui y Vega, quien la vendió en 1674 á Mariana Romero, novicia en las Trinitarias.»

«Este hombre extraordinario, uno de los más célebres del mundo, fue estudiante, militar, y dos veces casado antes de ser sacerdote. Sus escritos, entre ellos más de 2,000 comedias, componen 133,000 páginas y 21.000,000 de versos.»

Por la noche, las funciones teatrales se dedicaron á honrar la memoria de Lope. En el que lleva su nombre, después de representarse la preciosa comedia *El Perro del Hortelano*, se leyeron varias composiciones poéticas. En el Príncipe la Matilde Diez leyó las siguientes décimas compuestas por el señor Vega (don Ventura):

Tres siglos hace que el sol
que hoy luce en el firmamento,
alumbraba el nacimiento
del gran poeta español.
Purificado al crisol
de una edad y de otra edad,
monstruo de fecundidad,
númen de la patria escena,
Lope con su nombre llena
Del mundo la inmensidad.
En la modesta mansion
que oyó su postrer gemido,
hoy á Lope se ha rendido
tributo de admiración.
Aquí con mayor razón,
aquí, templo de su gloria,
donde una y otra victoria
le ornaron de resplandores,
demos público y actores
un aplauso á su memoria.

Las novedades teatrales de la semana se reducen á las dos zarzuelas *En las astas del toro* y los *Suicidas*, que ha ofrecido al público la empresa de Jovellanos. Son un par de juguetes que hacen reír: el último tiene más sentido que el primero, pero en este Salas desempeña á las mil maravillas el papel de Joselito y sabe arrancar como siempre grandes aplausos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CUATRO PALABRAS

SOBRE LA ESPOSICION DE BELIAS ARTES.

(CONTINUACION.)

IV.

Que la pintura de historia predomina sobre las demás en nuestros días, es hecho notorio confirmado por la predilección de los artistas y por la mayor estima que el público le concede; mas si este predominio es cosa pasajera é infundada como suelen serlo las modas y no consecuencia necesaria de la inclinación general del siglo y del estado de la civilización, es problema no fácil de resolver. Por nuestra parte y sin que se entienda que presumimos de allanar magistralmente la difi-

cultad, sentaremos la opinión de que la pintura de historia lleva con tanto motivo la preferencia, por ser la más propia, la más fiel y directa representante de las aspiraciones artísticas de nuestros tiempos, y la que mejor se aviene con la índole de nuestra cultura.

Cuando las especulaciones humanas abandonan el antiguo formalismo y buscan la realidad, cuando la filosofía proclama que el mundo ideal es idéntico al real, cuando las ciencias experimentales se enriquecen cada día con un nuevo descubrimiento y la industria con una nueva aplicación, cuando la historia destierra todo aparato maravilloso y los mitos y fábulas dejan ver á la luz de la crítica las verdades que encubrían; cuando el espíritu práctico, la observación y la empresa lo invade todo, ¿cuál puede ser el género de pintura que con razón sobresalga, sino aquel que contenga tanta realidad y tanta idealidad á la vez como el conjunto de los demás ramos de la actividad humana?

Tal es, en nuestro concepto, la pintura de historia á quien parece referirse muy particularmente la ciencia de lo bello al afirmar que tanto más se acerca al infinito, la hermosura, cuanto más individual es la forma artística que la representa. Hasta los estravíos más frecuentes hoy en el arte, el realismo y la erudición nimia é importuna, son exajeraciones del afán de caracterizar y dar mayor individualidad á las obras.

Pero no sin vencer graves obstáculos supera hoy á los demás géneros la pintura de que se trata. Esta, á diferencia de todas las restantes, excepto la religiosa, no tiene por objeto esponer á la contemplación imágenes peregrinas ni sucesos anónimos que solo pasaron en la mente del artista, ni tampoco reproducciones serviles de la naturaleza, autorizadas por una minuciosa exactitud: la pintura de historia, para ser tal, ha de dar forma y vida á seres que todos conocen de antemano, pero cuya representación es vaga é indecisa en la mente de todos, menos en la del pintor, que es quien la precisa y fija. El espectador tiene antecedentes bastantes para juzgar si un cuadro histórico es verdad ó impostura y si el personaje ó los personajes reproducidos son los que viven en la mente de cada cual con su carácter personal y propio y con el que les dió el tiempo en que vivieron. Por esta razón, los cuadros anecdóticos, en los cuales figuran aquellos mismos personajes, pero de diferente manera de como los pinta la fama y de como existen en la memoria común, no son verdaderos cuadros de historia por más que tengan por asunto hechos cuya verdad no pueda ponerse en duda.

La pintura histórica, en fin, requiere de parte del artista una inspiración tan grande cuanto lo fuere la idea que respectivamente tenga del hecho y la persona el pueblo ó la raza que los recuerde.

Prescindimos de otras razones que sugieren el amor de la gloria nacional y hasta la utilidad de la enseñanza y ejemplo en favor de este ramo del arte: nos bastan las consideraciones apuntadas para que sirvan de fundamento á nuestra crítica: además, vamos á tratar de obras de artistas españoles, los cuales no necesitan de estímulo para avivar el amor patrio y animar con él sus más perfectas creaciones.

Llama en primer lugar nuestra atención por el interés del asunto el cuadro de don Dióscora Puebla, que representa el *Desembarco de Colon en América*.

Hace trescientos años que el arte europeo debe á la historia la imagen del ilustre genovés; pero España tiene además contraída la deuda por orgullo y por desagravio. ¡Colon, el loco soñador de mundos desconocidos, el que mendigando nave y bandera para agrandar la tierra al hombre, hubiera muerto con su secreto entre la burla de los sabios, sino le amparase la caridad de un fraile y la inspirada decisión de una gran reina, no ha tenido en tres siglos sino medianos pinceles que le consagren un monumento artístico de gloria, como si el desden de los doctos que le combatieron en vida hubiera pasado por herencia á los pintores, ó como si el arte no bastase para crear una figura digna de su nombre después de haberla creado para representar al hijo de Dios!

Ahora bien: ¿podemos considerar pagada tamaña deuda con el cuadro á que nos referimos?

En él encontramos á primera vista una escena confusa, pero animada, en la cual sobresale una figura que oscurece á todas las demás. Después de examinarle detenidamente, se descubren, á vuelta de no pocas bellezas, disonancias artísticas, y faltas de composición, no obstante lo cual, si de nuevo se contempla, sobresale siempre aquella primera figura y torna el resto á oscurecerse y á quedar reducido á una escena confusa aunque animada. ¿Se agotó por acaso la inspiración del artista en la figura principal de su obra, ó es tanta la unidad de esta que toda su importancia se halla compendiada y como absorbida en un solo punto? Descendamos á pormenores: la composición está dividida en dos partes, una de ellas la ocupa el grupo de marinos que salta en tierra, delante de los cuales está Colon, y la restante es un pedazo de terreno cubierto de plantas y árboles gigantes por cuya espesura asoman algunos indios: entre una y otra hay un religioso con un crucifijo en la mano como en ademán de dirigir su ferviente salutación cristiana á la región desconocida en que acaba de poner el pie: por los últimos tér-

minos se estiende el mar, donde se ven las tres célebres carabelas.

La división que en el cuadro se nota perjudica no poco al efecto general, porque junto á un grupo animado y compacto se ve un paisaje poblado de figuras aisladas y falto de un primer término vigoroso que le dé el espacio conveniente y equilibre la composición. La figura del religioso, mal dispuesta y colocada, desdice también del conjunto, y la simetría de líneas que ofrecen algunos personajes del grupo principal no se avienen con la variedad y movimiento del resto de la obra. Tales son los defectos de composición más capitales. Respecto del dibujo, tanto los indios como el religioso en un lado y las figuras de algunos marinos en el opuesto, singularmente de uno que forcejea dentro del agua por acercar un bote á la orilla, son por extremo débiles é incorrectos, á lo cual hay que añadir cierta indecisión que perjudica á la realidad y bulto. Por último, el colorido peca de exceso de brillantez en algunos puntos, lo cual constituye uno de los defectos más visibles.

¿Puede aun quedar después de estos reparos un cuadro de historia con verdaderas condiciones de tal? En nuestro concepto queda y mucho. En oposición á tales faltas hay una riqueza chispeante de episodios, una energía y animación, y una brillantez de color tales, que bastan para salvar el cuadro en la parte de que hasta aquí hemos hecho mérito. El momento no puede ser más pictórico ni más dramática su representación: hay diversidad de caracteres y viveza de emociones: el viejo Pinzon, apenas pone el pie en la arena, mira con envidia al glorioso aventurero, presagiando sus futuros infortunios, mientras el joven se deja llevar de la mas natural expansión: entre los demás que desembarcan, que atracan ó que se disputan el paso, quién besa la arena donde encuentra la salvación de que había desesperado, quién mira con avidez y dudando sea realidad la tierra descubierta, ó bien contempla con admiración á quien poseía tan maravilloso secreto; quién vuelve el rostro hácia España como ofreciéndole los pasados trabajos y la esperanza de próxima fortuna, y quién, por último, atendiendo á sus faenas de marino, parece insensible al entusiasmo de los demás. (En todo esto la verdad histórica, la verdad humana, la verdad de lo que sucedería siempre en circunstancias iguales, está fielmente representada por el pintor. Aquellos son hombres que recobran la esperanza perdida, porque así lo demuestra su alegría; que tocan con sus manos lo desconocido, porque así lo da á entender su asombro; son hombres enérgicos y apasionados, porque su desenvuelta rudeza lo indica: porque odian, se entusiasman y recuerdan con transporte; son cristianos, porque un religioso les precede, y son españoles porque así lo pregona el matizado blason de sus estandartes. Con tanta espresión y vida y un colorido brillante, consideramos este grupo, aun con todos los defectos mencionados, digno de un cuadro de historia. Pero aun este que nos ocupa es para nosotros otra cosa: la unidad está mejor representada que por este variado conjunto: la inspiración del artista brilla en todo esto como por reflejo: la creación verdadera ante la cual palidece el resto es la figura de Colon, de aquel anciano arrodillado que sostiene en la diestra la espada del vencedor, y en la siniestra el estandarte que la ampara y autoriza, mientras levanta sus ojos al cielo, único capaz de comprender su gratitud y su alegría. Colon encuentra á un tiempo el mundo que había soñado, la patria que había perdido, y el triunfo y la gloria porque había combatido tantos años: por eso oprime con su mano la espada, signo de triunfo, la bandera que le hace español, y ofrece á Dios el mundo que descubre y á quien redime de la barbárie aquella lágrima que brota de sus mejillas hervida al fuego de una vida de dolores.

La figura de Colon es por sí sola un cuadro histórico y religioso, y el espectador que le contemplase sin saber que tal hombre existió, sin sospechar siquiera que hubo quién sacara del Océano un mundo desconocido, le tendría sin embargo por héroe y santo á la vez; comprendería que en sus apretados labios no cabía en tan solemne ocasión palabra humana, y que, santo y héroe, estaba poseído de una energía sobrenatural y misteriosa. ¿Es otra por ventura la idea que el mundo tiene de Colon? Tenemos, pues, por pagada nuestra deuda con la historia, lo cual nos importa hoy tanto más, cuanto que Génova nos ha podido llevar la ventaja de anticiparse á honrar á su ilustre hijo.

Si después de esto recordamos los defectos del cuadro, nos parecen pobre cosa para hacer alardes críticos: supuesto que Colon estuviese rodeado de figuras detestables, de ridículos engendros (y estamos muy lejos de creerlo así) supuesto que estuviese aislado en el cuadro, aun esto nos haría recordar que no vivió mas acompañado durante sus años de fatiga de desesperación y de pobreza. En todo caso aconsejaríamos al señor Puebla que por desagravio uniese á su Colon los personajes que le comprendieron, el religioso de la Rábida y la reina de Castilla.

Por último, no somos nosotros los que aherrojamos en eligie á Colon, porque estén mal dibujados los Pinzones, renovando de este modo y en parodia una triste página de tan gloriosos recuerdos.

J. F. G.

LA ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.

ESPAÑA Y PORTUGAL.

XI.

La exhibición española en el palacio de Kensington, pudo haber hecho un papel brillante con un poco más de espacio, un poco más de celo por parte de nuestros artistas, y una dosis mayor de virtud patriótica en los industriales españoles; pero habiendo faltado, por desgracia, todas estas cosas, nuestra patria ha figurado en el mismo rango que otras naciones que se hallan de ella á una distancia inmensa en todos esos adelantos de la industria, que constituyen las manifestaciones exteriores de la civilización moderna. España ha mantenido incuestionablemente su reputación en este certamen en sus espadas toledanas, sus tejidos de seda, sus encajes, sus productos agrícolas y sus minerales. ¿Pero es esto bastante á nuestro orgullo nacional y á la legítima ambición de obtener el rango de primera potencia á que aspira nuestro país? Una nación no debe contentarse con ser grande, sino que tiene que manifestar que lo es en todos los conceptos, política, social, é industrialmente, en todas las ocasiones, y en todos los tiempos y lugares. España es infinitamente más grande, como potencia, que Bélgica, Dinamarca, Holanda y Portugal, todas estas cuatro naciones juntas no tienen tantos habitantes como ella, ni tan fértil suelo, ni tan abundantes ni excelentes elementos para producir grandes cosas; y no todas ellas la han vencido en este concurso industrial. En algunos ramos de la industria, como maquinaria, tejidos, platería, porcelana, cristalería, muebles, instrumentos matemáticos y otros, estos países están indisputablemente á la vanguardia de España; pero no obstante esto, ¿habría sido su triunfo tan decisivo si nuestro país hubiera estado debidamente representado en Kensington? ¿En dónde se han quedado los plateros españoles, los Martínez, los artifices que han trabajado las custodias de las catedrales de Sevilla, Málaga y Cádiz; los artistas que han modelado los elegantes vasos sagrados de los templos de nuestro país? ¿Por qué no han exhibido los joyeros de España, los ebanistas, las ferrerías de Heredia, y los alfareros de Málaga? ¿Qué se ha hecho de nuestros relojeros, nuestros maquinistas, nuestros ingenieros civiles, nuestros fabricantes de instrumentos quirúrgicos y matemáticos, y los de objetos destinados á la educación? ¿No existen estas cosas en España? y si existen ¿por qué no han venido á la Exposición de Londres? Hasta en aquellos ramos en que podíamos y debíamos haber eclipsado á todo el mundo, hemos hecho un papel secundario. Por falta de espacio, ni nuestros productos agrícolas y mineralógicos han podido desplegarse de una manera efectiva en la exhibición de Kensington.

Nadie ha salido del departamento español con la impresión de que España produce los mejores vinos, las mejores pasas de la tierra. Los objetos de cristalería exhibidos apenas se concibe que hayan podido merecer el honor de figurar en este certamen; tan pésimos y ordinarios son; la porcelana de la Cartuja se reduce á imitaciones inferiores de la inglesa y la francesa; los cigarros espuestos son, en su mayor parte, de los fabricantes y estanqueros de Londres; y sin las urnas y relojes de Losada, el trofeo de la nave habría presentado un aspecto verdaderamente pobre. El personal de la exhibición española ha sido, no obstante, uno de los más ricos y numerosos, pues no ha bajado de setenta y tantas personas.

La Exposición portuguesa puede decirse también que ha triunfado de la española, si hemos de tomar como criterio de excelencia el fallo de los jurados internacionales. Mientras que España no ha obtenido más que 133 medallas, Portugal ha alcanzado 435. Nuestros industriales han alcanzado premios en ramos en que como los de instrumentos de guerra, sedería y terciopelos, tejidos de lana, alhajas, piedras preciosas, y porcelana y loza, no los han obtenido los portugueses; pero en cambio los han alcanzado estos en otras en que nosotros no los tenemos, como, por ejemplo, en instrumentos matemáticos, relojería, algodones, lino y cáñamo, artículos de escritorio, obras destinadas á la educación y cristalería. Portugal ha triunfado, pues, de España en este concurso pacífico y fecundo. Los españoles podemos, sin embargo, consolarnos con la idea de que el reino lusitano no es más que una provincia, emancipada, de España, tan positivamente destinada á formar parte de la unión ibérica como Venecia de la unión italiana.

Los productos agrícolas y mineralógicos enviados por España á la Exposición, son abundantes y variados. La colección de muestras forestales del cuerpo de ingenieros de minas, ha llamado con justicia la atención, y merecido el honor conferido por la medalla de bronce. Nada menos que 313 especies de árboles frutales, de monte, paseo y medicinales, figuran en esta colección en que están representadas casi todas las provincias de España.

La colección de muestras de minerales y productos metalúrgicos enviada por el ingeniero jefe del distrito minero de Huelva, no es menos rica, interesante é instructiva. Mármoles y carbon de piedra de la provin-

cia de Sevilla; hierros de las fábricas del Pedroso, y del establecimiento nacional de minas de Río Tinto; manganeso de la mina de Venus en Huelva, y productos, en fin, de todas clases de las minas de Tarsis, San Miguel y otras, constituyen nuestra exhibición mineralógica.

Entre los objetos mecánicos y de industria, lo que más ha llamado incuestionablemente la atención en el departamento español, ha sido el brazo y la mano mecánicos del señor Gallegos, los cuales no han obtenido el premio por haber sido espuestos á la última hora. El brazo y la mano de Mr. Roger, actor francés eminente, han sido completamente eclipsados por el ingenioso mecánico español. Los resultados producidos por el señor Gallegos, asombran á los más consumados mecánicos ingleses, considerados, con razón, como los primeros del mundo. Con el brazo y la mano de nuestro compatriota, no hay necesidad de que ande por las calles mutilada, en sus extremos superiores, la humanidad. Lord Raglan habría podido manejar con ellos las riendas de su caballo en Crimea, y si el descubrimiento se hubiese hecho en tiempo del conquistador de Persia, es probable que hubiese ignorado la posteridad que Alejandro no poseía más que un brazo cuando cayó postrado á sus pies la familia real de Dario. Que se usen ojos, pies, dientes, pelo, narices, y brazos y manos postizas, estábamos ya harto de saberlo; pero lo que no sabíamos era que estos últimos pudiesen reemplazar á la naturaleza hasta el punto de manejar el taco, la guitarra, el florete, el pañuelo, el baston y la pluma, sin manifestar casi su procedencia artificial y mecánica. ¿Ha infundido por ventura el señor Gallegos en este importante miembro el fuego que Prometeo trató en vano de robar al cielo? No lo sabemos. Todo lo que podemos decir es que su invención es una de las más curiosas, útiles é interesantes de la época.

La fundición de Trubia ha enviado un cañon de grueso calibre, granadas ojivales, carabinas rayadas, y bayonetas y pistolas de arzón. El cañon de bronce de la Real Maestranza de Barcelona, es de á cuatro y de los llamados de montaña. Esta pequeña pieza de artillería rayada es de bastante mérito, y á pesar de no estar tan perfectamente concluida como habría sido de desear, ha gustado bastante á los ingleses. Lo que la caracteriza son seis canales internos á los cuales se ajustan proyecciones correspondientes de los proyectiles que despiden, disminuyéndose con ello la resistencia á su salida y aumentándose considerablemente la fuerza inicial. Este cañon está montado en su cureña y acompañado por el tren correspondiente y demás accesorios para el servicio activo.

La maestranza de Sevilla ha exhibido modelos de cañones de bronce muy bellos, con sus cureñas, carros para llevar las municiones y las balas, y cábricas para el montaje y desmontaje de las piezas. Esta artillería portátil se distingue por su extrema ligereza y lo fácil que es de manejar en el campo de batalla. El cuerpo de artillería tiene en la exhibición alabardas, chuzos, espadas toledanas,—una de las cuales está convertida en un círculo con la punta tocando la empuñadura,—fusiles, carabinas de Oviedo, machetes, pistolas, mosquetes, revolvers, hachas de abordaje y efectos de parque. También hay en la colección puñales árabes, dagas de estilo antiguo y cuchillos de monte. El pomo de uno de estos puñales, está formado por la figura de uno de los voluntarios vizcaínos de los que fueron á Marruecos en la reciente campaña. Entre los sables hay uno muy notable de estilo oriental con profusión de arabescos é inscripciones en árabe. La fundición de bronce de Sevilla ha exhibido proyectiles y botes de metralla.

Los objetos espuestos por el señor Zuluaga, de Madrid, son de un verdadero mérito artístico y han sido premiados por los jurados y elogiados por la imprenta inglesa. Consisten estos en un espejo, dos jarrones de estilo árabe, tres rodela, una de ellas con figuras y animales alegóricos, una soberbia escribanía, en cuyos tinteros no habrían desdenado mojar sus plumas Homero y Cervantes, Carlos V y Byron; una caja de reloj, en la forma de una mezquita, con profusión de esquisitos arabescos, tres pulseras, tres cajitas, todo de acero, con bellísimos embutidos damasquinados de oro y plata. El señor Zuluaga ha dado esplendor á la Exposición española con estos objetos de arte, y si todos los artistas é industriales españoles hubieran seguido su patriótico ejemplo, el departamento español habría representado dignamente á la industria y las artes, tales cuales son hoy, de la nación española.

Entre estas alhajas figura un album del mismo estilo de metal embutido en oro y con las armas de España en el centro de la cubierta. Este album es un regalo que hace S. M. la reina de España al rey de Baviera. A la entrada de nuestro departamento y pendiente del techo hay una araña de metal plateado, de un metro y medio de diámetro, y dos probablemente de altura, con 34 mecheros. Su estilo es gótico, y en el centro hay una especie de templete con la figura del Salvador guardado por guerreros romanos. Los mecheros están sostenidos por diferentes animales, y la obra entera refleja bastante crédito sobre los señores Isaura y hermanos, de Barcelona, que la han fabricado. Los braseros de metal han llamado la atención de los ingle-

ses, que acostumbrados á las chimeneas, comprenden difícilmente el uso de estos caloríferos españoles.

El relojero español, señor Losada, establecido en Londres, ha espuesto una brillante colección de relojes y cadenas de oro, en una urna de cristal, un aderezo de diamantes y esmeraldas con dos perlas de gran tamaño, que representa una culebra aprisionando entre sus anillos á la reina de las aves; una máquina de un reloj de torre y un bellissimo reloj de mesa con la máquina descubierta sostenido por cuatro columnas de metal y con una figura y un barómetro en el centro. La medalla la ha recibido, sin embargo, como espositor inglés.

Las alhajas de Soler, de Barcelona, han sido premiadas, y algunas de sus pulseras están trabajadas y dibujadas con esquisito gusto. Entre ellas hay un medallón con el retrato de la reina Victoria. Los objetos de filigrana de plata de Elena, de Gomez y Tellez de Salamanca, prueban que, como en Italia, se mantiene á un vivo en nuestro país el gusto por este interesante ramo de las bellas artes. Un español residente en Londres ha exhibido una colección de figuras de barro representando diferentes suertes del toreo, que aunque ha escitado mucho la curiosidad de los ingleses, está muy lejos de igualar en mérito artístico á las figuritas del mismo género enviadas á la Exposición por Gutierrez, de Leon y Cubero, de Málaga.

En la nave hemos exhibido también como trofeo un aparador de nogal, del estilo del renacimiento, con grupos de aves y peces muertos, coronado por un ángel tocando la trompeta; dos mesas ricamente esculpidas, una de caoba y otra de roble; dos cuadros de esta última madera, con grupos de aves y peces, y dos marcos, uno de los cuales es del estilo del renacimiento, y el otro está formado por una guirnalda de hojas y flores. Estos bellos cuadros y una columna con su dosel, copia de los del patio de los Leones de la Alhambra de Granada, han sido exhibidos por los señores Castelés y Serra, de Barcelona.

El piano de cola y palo de rosa, embutido con ébano y un dibujo de metal en sus bordes, de Montano, de Madrid, está bien construido, es sólido y tiene un tono voluminoso, sonoro y melodioso, á la vez; pero ha tenido que sostener una competencia formidable con los famosos instrumentos de la misma clase de Broadwood, Collard y otros fabricantes no menos célebres de París y Viena. Nuestro compatriota no puede, sin embargo, decirse que ha salido del todo mal parado de esta desigual lucha. Guarros y Compañía, de Barcelona, y Carayel y Pierrol, de Sevilla, han exhibido también pianos pequeños de mérito, y Perez, de Valencia, mosaicos de madera, entre los cuales figura el retrato de Cervantes, compuesto de 30,000 piezas. Estos trabajos son de escaso mérito, y el tiempo empleado en ellos se pudo quizás haber invertido con más gloria y provecho. La administración de la Alhambra de Granada ha exhibido algunos arabescos en madera, y una señora Eulalia de Pontevedra, una pequeña urna de cristal con una especie de árido paisaje que representa unas rocas el tronco de una añosa encina coronado por un águila con las alas estendidas, y una enorme culebra enroscada al pie. Entre los objetos de corcho hay un templete, el modelo de una catedral, y un cuadro representando el escudo de armas de Inglaterra. La fábrica de porcelana y loza de la Cartuja de Sevilla ha espuesto una gran cantidad de objetos, algunos de mediano mérito, aunque sin originalidad ni belleza de colorido; otros bastante comunes y ordinarios. Menos y más selectos objetos habrían sin duda proporcionado más crédito á esta manufactura. El jurado la ha considerado, sin embargo, digna de la medalla. El grupo en mármol del escultor Moreno, de Madrid, representando á Adonis acariciando á Venus, es una obra artística de primer orden y ha sido con justicia elogiada y admirada. La ejecución de las figuras es soberbia, su actitud graciosa y natural, y tierna y animada la expresión de sus fisonomías. También se ve entre las obras de arte un Fauno de bronce con la copa en una mano y el palo y la piña en la otra. La alfarería está representada, aunque muy imperfectamente, por algunos jarros bien fabricados de Sanchez Caballero, de Málaga, y las manufacturas de hierro de Sevilla por varias camras de bronce y hierro, sólidamente construidas, pero sin ofrecer nada de particular en sus ornamentos ni en sus dibujos. Medallas de Isaura, dentaduras de Vilar, huevos con bordados en su superficie, y algunos objetos de cristalería indignos de figurar en la Exposición, se ven también en nuestro departamento. Astrua, de Córdoba, ha espuesto un wagon con ruedas, construido de modo que ejecuta su movimiento sin fricción en el eje, y Gallardo, de Barcelona, un modelo de locomotora movida por el gas hidrógeno. Sorguie, de Avilés, ha exhibido modelos de líneas férreas; Cuchillo, de Barcelona, cartas; Berner, de Alicante, una prensa para varios usos; Bridgman, de Tarragona, un gasómetro; Ciervo y Bergue, de Barcelona, aparatos de gas el primero y una máquina de prensar el segundo. Janer, de San Sebastian, ha enviado á la Exposición maquinaria; la Escuela de Veterinaria de Sevilla un «hipómetro» para medir caballos; Sedó, de Valencia, el modelo de un puente de madera; y Aspe, de Sevilla, instrumentos agrícolas. Un aparato submarino, un cronómetro y algunos otros objetos que no mere-

cen particular men-
cion, han sido espues-
tos por diversos espo-
sitores. El conocido
actor Capo, exhibió un
bello cuadro de papel
cortado á la tijera que
gustó mucho, pero no
lo tuvo en la Exposi-
cion mas que algunos
dias. El señor García
Dorado, guarnicionero
de Cámara de S. M. la
reina de España, ha
obtenido la medalla de
honor como premio de
una silla de montar
para hombre, otra pa-
ra señora, una tercera
para niño, y un arnés
muy bien trabajado pa-
ra dos caballos.

Las blondas de Fiter,
de Barcelona, han sido
premiadas, y Reig ha-
bria obtenido la meda-
lla por sus notables pa-
ñuelos de China si no
hubiera sido jurado.
Los terciopelos de Vi-
lumasa y Torner, la se-
dería de la viuda Escuder,
los géneros de Casanovas,
Pujol, Santos y Solá, han obte-
nido tambien la medalla
de honor. Los tejidos
de Achan y Recart, y
los encajes de Margarit
y Altherr, han sido de
la misma manera pre-
miados. En artículos
de vestir han obtenido
medalla Portim, Gil,
Gasper, Buzaren, Mot-
jana y Reinaldo; y en-
tre los fabricantes de
Barcelona muchos
otros, que seria largo
enumerar, han alcan-
zado en este certámen
la recompensa debida
á los servicios presta-
dos por ellos á la indus-
tria española.

J. S. BAZAN.

LA VIDA
EN EL OCEANO.

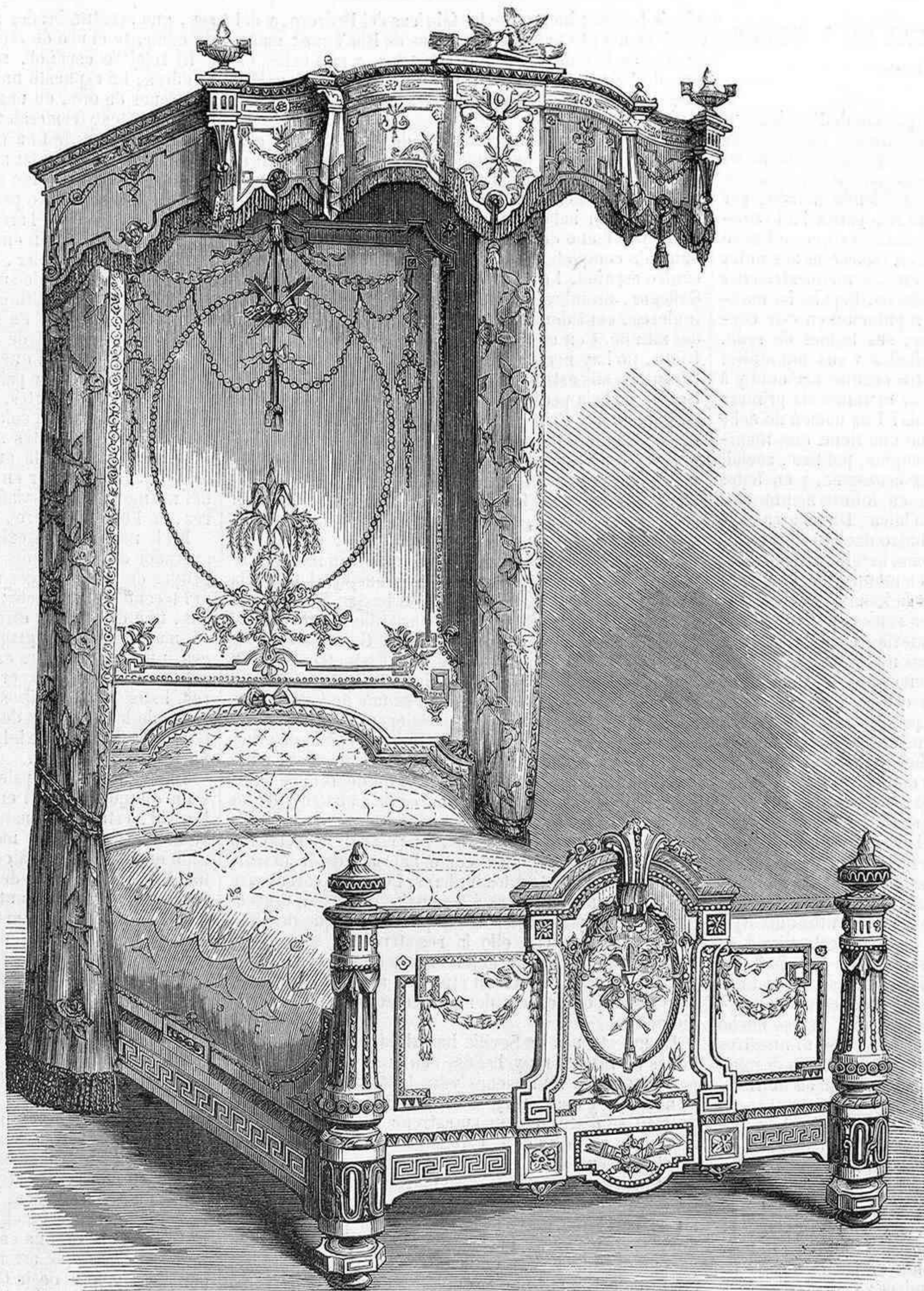
I.

LAS ARENAS.—LOS FORA-
MINIFEROS.—LAS DIA-
TOMACEAS.—LOS IN-
FUSORIOS.—LAS AL-
GAS.

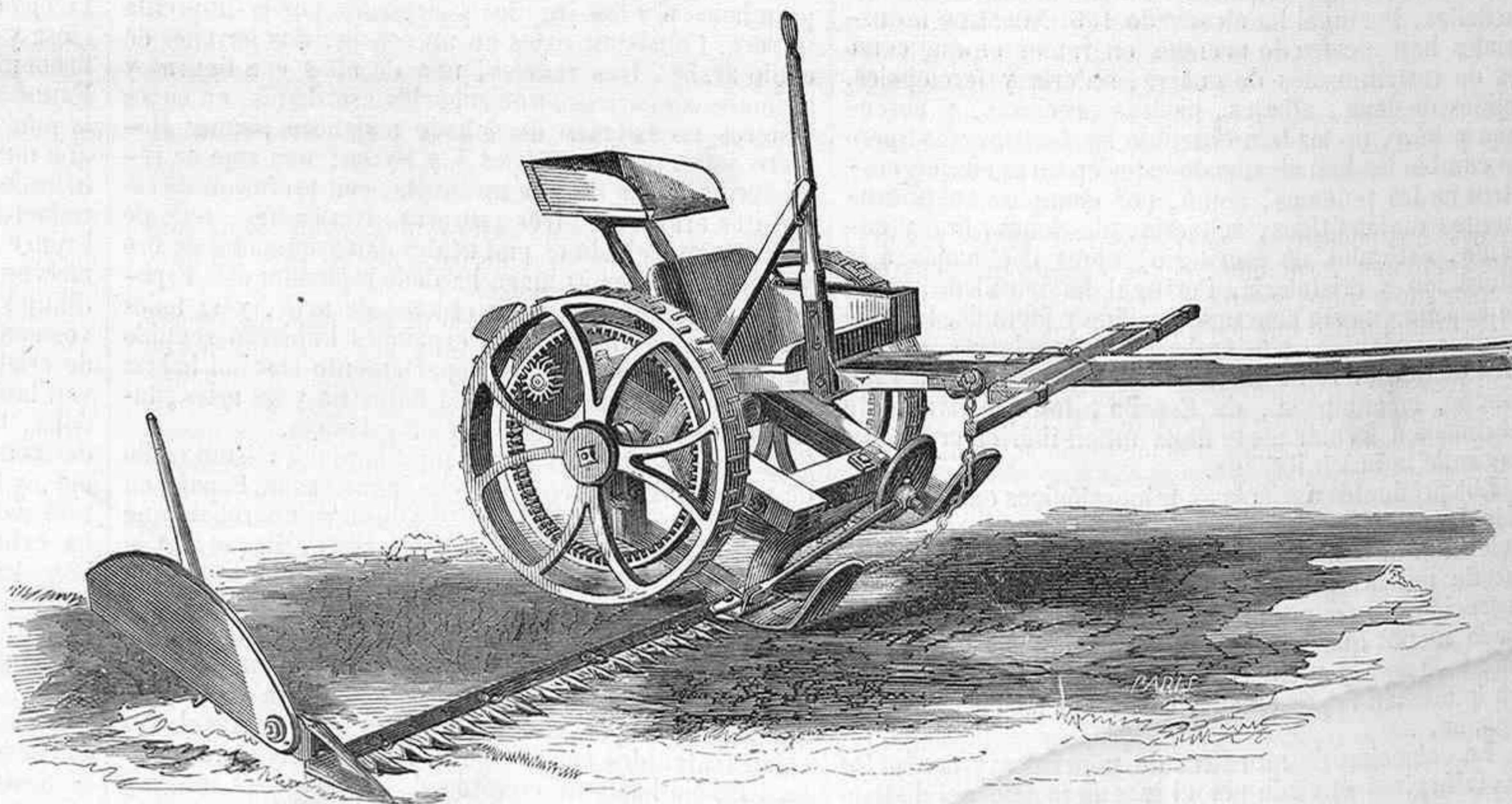
Quando nos halla-
mos á orillas del mar apenas fijamos nuestra aten-
cion mas que en su superficie siempre agitada por las
olas, sin pararnos á considerar que las
profundidades de sus aguas contienen co-
mo la tierra, su reino animal y su reino
vegetal, porque la naturaleza pródiga de
vida ha derramado su savia por todas
partes. Si dejando á un lado nuestra indi-
ferencia, queremos penetrar en este ele-
mento líquido recibiremos la recompensa
de nuestro trabajo, porque el Océano nos
mostrará sus secretos y su vida; empezan-
do por sus orillas veremos que las arenas
mismas ofrecen ancho campo de estudio
para todo espíritu reflexivo. Si tomamos un
poco de arena menuda, de este ligero indi-
cio de la aproximacion al mar, nos pare-
cerá apenas digna de fijar nuestra atencion
por la frecuencia con que la hallamos;
pero los geólogos han descrito detallada-
mente cómo se forma de ella la roca are-
nisca; en ella vemos cómo trabajó cada
ola del Océano antediluviano. Allí están los
caminos sinuosos trazados por los molus-
cos antediluvianos, aun visibles por los
surcos que han dejado en lo que entonces
era una masa blanda; los montones de
arena en que ha quedado impresa su for-
ma, marcan aun la posicion del gusano ó
del molusco testáceo de un modo tan evi-
dente en la piedra arenisca como en las
arenas de la playa actual; las gotas de

lluvia que cayeron hace millares de años sobre la su-
perficie arenosa, han quedado impresas en la superfi-

Sabemos tambien que á lo largo de la costa de los Es-
tados Unidos por la parte del Atlántico, la sonda sacaba



ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.—CAMA DEL ALMACEN DE LOS SEÑORES HEAL É HIJO, FABRICANTES DE LA CÔRTE EN LONDRES.



ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.—MÁQUINA PARA SEGAR LA YERBA, DE CRANSTON Y WOOD.

cie de la roca. Pero hay
aun mayores prodigios
que manifestar acerca
de la composicion de
esta superficie que pi-
samos y que no nos pa-
rece mas que arena
amarilla. Si tomamos
un puñado de la arena
mas menuda para exa-
minarla en un micros-
copio hallaremos en el a
un número asombro o
de conchas de formas
graciosas, mezcladas
con arena mas gruesa;
de estas conchas, las
unas tienen la misma
figura que las ánforas
antiguas, las otras es-
tán formadas á modo de
caracoles, pero todas
tan esquisitamente cin-
celadas que ningun ar-
tista humano podria
reproducirlas con tal
perfeccion ni con tal
magnificencia.

Un naturalista ita-
liano llamado Becca-
ria, fue el que no hace
mucho tiempo nos dió
á conocer estas con-
chas de animales lla-
mados rhizopodos ó fo-
raminiferos que él ha-
bia hallado en la orilla
del mar cerca de Rá-
vena. Durante muchos
años fueron conside-
radas como un produ-
cto esclusivo del Adriá-
tico, pero despues se
encontraron tambien
en Francia ó Inglaterra,
aunque su estension
universal y su impor-
tancia en la economia
del Oceano no fue de-
mostrada hasta el año
de 1825 por el célebre
A. de Orbigny.

Se ha probado de un
modo incontestable que
las conchas de los fo-
raminiferos se hallan
en las arenas de todos
los puertos y en un
número tan asombroso
que forman una gran
parte de su peso. En
el año 1739 J. Plancus,
que fue el primero que
las examinó, halló en
seis onzas de arena
8,000 ejemplares y Or-
bigny en una libra de
arena de América, en-
contró el extraordinario
número de 3.849,000.

ma-
cia-
de
D
los
una
esta
los
vié-
mie-
una
y ll-
rece-
cos-
para
cua-
tida
dan-
de l-
ner-
dem

foraminíferos hasta de una profundidad de 90 brazas y que el fondo mismo del mar está cubierto de ellos de una manera tal, que no hallamos ningún grupo animal que pueda compararse á ellos por el número.

Las conchas de los foraminíferos (de las que se conocen mil variedades) son notables no solamente por su finura, sino también por la diversidad de sus tipos; unas tienen solo un ancho orificio, otras están atrave-

sadas por innumerables agujeros pequeños; en algunas la cavidad es sola, en otras está dividida en varios compartimentos.

Las *diatomáceas* tienen en el reino submarino una importancia igual á los foraminíferos. Las formas de estas plantas extrañas y microscópicas, nos muestran mil figuras matemáticas como círculos, triángulos, paralelógramos que no se ven en ninguna otra, y su parte

exterior está con frecuencia delicadamente configurada. Las diatomáceas se encuentran en todos los mares. En el último viaje de descubierta que Ross hizo al polo Sur, la sonda sacaba diatomáceas aun de profundidades en las cuales hubiera podido ocultarse el Chimborazo. El poderoso muro de hielo que accidentalmente impedía que caminara más al Sur el atrevido navegante, tenía una tinta oscura debida á las diato-



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN MURCIA Á LA ENTRADA DE LA REINA.

máceas. Los pedazos de hielo al derretirse las producen á millares, formando frecuentemente una espuma de color sucio sobre la superficie del mar polar.

Del mismo modo que los foraminíferos están cubiertos de duras conchas, las diatomáceas tienen encima una capa silíceas que prueba el gran valor geológico de estas dos microscópicas formaciones. El hombre y todos los seres vivientes pasan sin dejar huella alguna disolviéndose en corto tiempo las partes que los componen, mientras que los foraminíferos y las diatomáceas duran una eternidad formando montañas y bancos submarinos y llenando los golfos y las bahías. A primera vista parece una gran exageración conceder tal importancia á cosas tan pequeñas que se necesitan millones de ellas para ocupar el espacio de una pulgada cúbica, pero cuando reflexionamos que se encuentran en una cantidad que excede todo cálculo, que se propagan rápidamente por la división, y que desde el primer momento de la naturaleza amada hasta el día, sus rápidas generaciones se han seguido unas á otras, entonces podemos comprender que son los mayores arquitectos de

la tierra y que el fondo entero del Océano no es más que un terreno que sirve de catacumbas para los foraminíferos y las diatomáceas.

El mar está también poblado de innumerables masas de *infusorios* que se mueven y cogen su presa con auxilio de sus oscilantes *cilias*; su complicado organismo nos causa muchas veces asombro. Este mundo microscópico sirve como alimento para animales mayores que son tragados á su vez por seres marinos más poderosos, hasta que finalmente los pescados más grandes, las aves marinas y el hombre son los verdaderos poseedores del mar. Es probable que la desaparición de los infusorios hiciera que el mar quedase desierto en poco tiempo de los seres que le habitan.

No entraremos aquí en detalles acerca del crecimiento de las plantas marinas porque nos llevaría demasiado lejos: únicamente diremos que los diferentes medios en que viven las plantas terrestres y las acuáticas exigen condiciones muy distintas respecto del suelo. Las primeras emplean sus raíces para extraer los jugos restauradores del seno de la tierra; las algas por el

contrario, buscan por toda la superficie la materia requerida para su existencia y únicamente unen entre sí sus raíces. La composición del suelo es por lo tanto de grande importancia para las plantas terrestres, pero para las algas es completamente igual que el suelo en que crecen sea de granito, de creta, de arcilla ó de piedra arenisca, con tal que ofrezca un punto de seguro apoyo.

Rocas planas que no estén muy espuestas al ataque de las olas y que tengan muchas cavidades que se llenen de agua al tiempo del flujo son por esta razón el punto favorito de muchas plantas marinas, al paso que una ribera que no tenga más que arena, es generalmente tan árida como los desiertos del Africa. A veces se hallan grandes praderas submarinas en algunos puntos. La *zostera marina*, la única planta fanerógama del Océano Germánico, es muy á propósito para agarrarse á la arena por medio de sus raíces que se estiran por el suelo. Sus largas hojas de un verde brillante que flotan libremente en el agua suministran alimento y abrigo á una multitud de pequeños animales y de plantas. En los mares de los trópicos, la *zostera*

marina es devorada por millares de tortugas y en el Norte de la Europa se emplea para varios usos.

Las algas se dividen en tres grandes grupos, las verdes (*chlorospermeæ*), de color de aceituna (*melanospermeæ*) y encarnadas (*rodospermeæ*); estos tres grupos se dividen en muchos géneros y variedades. Solamente en las costas de las islas Británicas se encuentran 370 especies pertenecientes á 103 géneros, lo que sirve para darnos una idea de la variedad de formas de plantas que hay en el mundo oceánico. En el día se conocen millares de algas, pero hay muchas aun que no tienen un nombre botánico y otras que no han sido vistas jamás por ningún ser humano.

Las algas verdes se encuentran generalmente en alta mar y llevan una vida anfibia, por decirlo así, pues la mitad de ellas se eleva por encima del agua, al paso que la otra mitad permanece debajo; á estas pertenece las sedosas enteromorfas y las ulvas en formas de cintas que cubren las rocas con el verde mas vivo. La enorme estension geográfica de estas variedades es increíble. La *ulva latissima* de hojas verdes y la *enteromorpha compressa* de las islas Británicas crecen en las playas desoladas de las regiones árticas, guarnecen el Océano por el trópico y se estienden al Sur del cabo de Hornos.

Las algas de color de aceituna representan un papel mas importante en la economía del Océano. A estas pertenecen las dos especies de *fucus* que despues del reflujó dejan en las rocas de algunos puertos un tinte oscuro particular; á estas pertenecen tambien las llamadas *laminaræ*, que crecen debajo del agua á una profundidad de algunas brazas en cualquier parte que hallen un suelo firme, formando un cinturón de bosques submarinos alrededor de la costa.

Lo primero que se encuentra en el mar al dejar el puerto, es el pequeño *fucus canaliculatus*, cuyas hojas y tallos están libres de vejigas; despues se encuentra el *fucus nodosus*, que es una especie mayor con tallos mas duros, y el *fucus vesiculosus*, que cubre las rocas en grandes distancias. El punto mas bajo de las florescenas submarinas del litoral europeo, está ocupado por el *fucus serratus*, que crece en grupos y que se distingue por su márgen dentada y por la ausencia de vejigas.

Estas especies de *fucus* se hallan comunmente en las costas llanas y cubiertas de rocas de la parte occidental de Escocia, Irlanda é Inglaterra, donde antes las quemaban, comerciando despues con sus cenizas, de las que sacaban sosa. En las Hébridas solamente, 20,000 hombres estaban ocupados durante el verano en quemar estos *fucus*; pero habiendo encontrado un medio mas barato de obtener sosa, fue abandonado este procedimiento. Sin embargo, se emplean aun en el día para sacar yodo y para abonar las tierras. Las algas mas grandes del Océano germánico son las *laminaræ*, *sacarinæ* y las *digitatæ* que crecen á mayor profundidad que los *fucus*.

Antes de pasar al tercer grupo de las plantas marinas, hay que mencionar las enormes capas de yerbas del Atlántico que son una de las maravillas del Océano. La gran corriente llamada Gulf-stream que precipita sus aguas desde América á Europa, se divide en las Azores; uno de sus brazos va hácia el Sur y el otro vuelve hácia lo costa de América por el Nordeste. Dentro del círculo formado por los dos brazos, está el llamado *Mar de Sargasso*, cuya superficie 20 veces mayor que la de Inglaterra se halla cubierta de grupos de mayor ó menor estension de *sargassum bucciferum*. Cuando Colón atravesó estas aguas, sus desalentados compañeros creían que eran los confines del Océano navegable. Estos bancos de *fucus* del Atlántico presentan el notable ejemplo de una multitud de plantas reunidas, de una sola especie; ni en las praderas americanas, ni en los bosques del Asia y de la Europa septentrional se encuentra tal uniformidad de vegetales. Praderas marinas de esta clase se hallan en el Océano Pacífico y en el mar de las Indias en puntos tranquilos rodeados de corrientes que pasan dando la vuelta á ellas. Su origen no ha sido explicado con exactitud aunque se ha atribuido á diferentes causas.

Las *rhodospermas* son las que comprenden mas variedades y las mas bellas en forma y color, aunque no las mayores. No buscan luz ni movimiento, por lo cual se mantienen á la sombra y al abrigo de los mayores *fucus*; muchas de ellas crecen en lo mas profundo de los mares y únicamente son visibles cuando la marea está alta. A este grupo pertenecen las sumamente delicadas *polysiphonia*, *calithamnia*, *placama*, etc., etc., que forman las delicias del colector por su brillante color de escarlata ó su tinta purpúrea, así como las corallinas calcáreas que carecen de color y que durante mucho tiempo han sido tomadas por pólipos; pero que revelan su verdadera naturaleza por su construcción interior.

El musgo llamado *chondrus crispus*, que se encuentra con suma abundancia en las costas británicas, pertenece tambien á las *rhodospermas*. Cociéndole se disuelve casi completamente y cuando se enfria forma una gelatina incolora y casi sin sabor. Desde hace algunos años se emplea en medicina en varias naciones bajo el nombre de musgo de Carrageen. Estas gelatinas nutritivas que pueden usarse tambien como cola se obtienen de diferentes algas entre otras de la *graci-*

llaria speciosa del mar de las Indias, que es la que se dice que emplea principalmente la salangana para fabricar su nido tan apreciado como manjar por algunos pueblos del Asia.

Así, pues, vemos que la frase romana *projecta vi-lior algæ* es de todo punto injusta; lejos de eso, se les podía echar en cara á los romanos el que por preocupación ó por ignorancia hubieran hecho tan poco caso de una cosa que puede ser muy útil. No solamente las algas que hemos mencionado, sino otras muchas del Océano, pueden utilizarse tambien para alimento. ¿No habria, pues, un medio barato de que se aprovecharan estas plantas marinas para que sirvieran de sustento? La cuestión mereceria examinarse.

Las algas mayores necesitan sal para su desarrollo; su número es menor en el Báltico que en el mar que baña la península escandinava á la misma latitud. No por esto se ha de creer que la sal sea un alimento como el agua, el ácido carbónico y el aire, sino mas bien una causa que excita su actividad del mismo modo que ciertas sales promueven la digestion en los animales grandes. Muchas algas están cubiertas con una materia viscosa que es muy á propósito para conservarlas por que hace que el agua no las penetre y les da mayor resistencia durante las tempestades.

A.

EL ARCO DE TRIUNFO

LEVANTADO EN MURCIA.

En el presente número ofrecemos á nuestros lectores la vista del arco de triunfo que se levantó en la ciudad de Murcia, para solemnizar la feliz llegada á aquella capital de SS. MM., el día 24 de octubre último. Su proyecto fue debido á la inteligencia y solicitud del arquitecto de la provincia don J. J. Belmonte.

Desde la improvisada estacion del ferro-carril hasta el sitio llamado el Ovalo, en la carretera general, se habia abierto un ancho camino para facilitar y hacer mas magnífico el regio tránsito y desde él hasta la Plaza de los toros, ó del Marqués, en medio del frondoso follaje de las alamedas, del ameno y delicioso jardín de Florida-Blanca, y de las casas que la embellecen por uno de los lados, se destacaba una calle de robustas palmeras entrelazadas con festones de ramaje y flores, y adornadas con gallardetes y banderas de los colores nacionales cogidas con escudos en que aparecía grabada la enseña gloriosa de nuestra patria en unos, la de aquella noble y leal ciudad en otros, y en los mas las letras iniciales de los nombres de SS. MM. y AA.

Esta calle se cortaba con aquel colosal edificio de 32 metros de altura, que aparecía construido de mármol y bronce, queriendo significar la entrada de la ciudad.

La plaza era su anchuroso vestíbulo. Erigidas sus casas de manera que todos los vanos y cuerpos de fachada guardan unas mismas líneas en todos sentidos, las colgaduras y banderas que las adornaban, tambien de los mismos colores nacionales, daban al conjunto un aspecto maravilloso y sorprendente. Mas rica era aun la calle que despues de ella se prolongaba sobre el sólido puente que libra el paso del histórico *Segura*, hasta terminar en el espacioso *Arenal*, que vestido con deslumbrantes galas, al uso veneciano, formaba un delicioso y animado espectáculo.

CONSECUENCIAS DE UNA TAZA DE CAFE.

IV.

UN PASO NOCTURNO Y MELANCÓLICO EN EL PRADO.

Antonio, que aun se hallaba en el café, salió á la puerta, y despues de breves instantes de duda, cogió la calle en direccion al Prado para respirar allí en tan tristes momentos aire mas puro que entre las cuatro paredes de su casa. Agitado, á pesar de todos los esfuerzos posibles para dominarse, entró en el salon enteramente raso y limpio á tales horas, sin mas compañía que las sillas y el murmullo de las fuentes para él tan poéticas antes, y empezó á palear de punta á punta en precipitadas idas y venidas. Seria difícil describir los pensamientos que en tumulto se agolparon á su atribulada imaginación. ¡Morir tan jóven! cuando todo le sonreía en la vida, cuando le esperaba un porvenir de dichas y placeres, de hermosas que le adoraban! ¡Dar un adiós al mundo que empezaba apenas á gozar, y todo por la tontería de un hombre hipocondriaco, por una mala inteligencia y pundonor mal entendido; era para él en aquellos momentos desgarrador y terrible! Pero era forzoso cumplir con las exigencias que impone el valor, la sociedad y la fama. Adelante, pues, dijo, fortalecido de pronto por un rayo de esperanza, que si la fortuna me ayuda todo redundará en pró de mi honra, y dirigiendo la vista en torno suyo miró con honda pena aquel sitio teatro constante de su felicidad como ahora de su desdicha. Y, sin embargo, sentia irremediable impulso y hasta consuelo en permanecer allí para despedirse de aquellos puntos cada uno

de los cuales traía á su memoria un suceso diferente, moderando poco á poco el paso, despues de diez y siete vueltas apresuradas, fué recorriéndolos todos uno á uno.

¡En este, pensaba, declaré tres veces mi amor á tres divinas gracias que nunca me desdijeron! ¡En este otro escuché de varias y adorables prendas juramentos de un amor eterno! ¡Aquí, besando un guarda-pelo, recibí esta trenza de su rubia cabellera! ¡Allí, esta sortija que adornó los delicados dedos de la hermosa Emilia! ¡En este punto me daba sus billetes de amor la melancólica Elisa y mas allá la alegre y bulliciosa Elvira! y meditando y diciendo muchas mas cosas volvió de nuevo á enternecerse sobre manera. Sus negros ojos se arrasaron de lágrimas, y sentóse en un banco de piedra con la cabeza apoyada entre las manos y los codos sobre las rodillas, permaneciendo el pobre Antonio en esta postura un corto rato.

Magnífica era la noche: la blanca luna de tibios y dulces rayos iluminaba esta tristísima escena: los surtidores y cascadas de las fuentes esparcían su armonía ya mas lejana ó mas próxima, segun las volubles ondulaciones de las brisas que apenas sonaban entre las hojas de las acacias como el rozamiento de suavísima seda: las estrellas despedían sin cesar vivos destellos sobre el profundo azul de la celeste bóveda y los cuatro puntos cardinales del horizonte presentaban la diversa intensidad de luz que tan variadas hace las monótonas sombras de la noche.

Poco á poco se fue reponiendo Antonio de los primeros de-mayos que se deben siempre en estos casos á nuestra flaca naturaleza que zozobra y lucha entre los placeres de la vida y la eternidad del espíritu. Como su imaginación era risueña olvidóse de su estado y fijó los ojos en el solemne panorama del cielo todo él tachonado de rutilantes estrellas.

La eternidad del espacio, lo infinito de aquella cósmica armonía, que no contemplara nunca mas que á la ligera y un indefinible silencio mezclado con ruidos extraños y misteriosos elevaron su espíritu, poco dado á filosofías, hasta las cuestiones inmensas sobre los destinos del alma inmortal, las condiciones de la vida futura y la razon Suprema del Ser que con omnipotente sabiduría tales cosas rige y gobierna.

Y como la esperanza y la curiosidad son los móviles poderosos de la juventud, exaltada su imaginación, ya sentia casi el deseo de revolver por medio de la bala homicida de su enemigo, estas cosas que los maestros le explicaran minuciosamente y él se habia permitido dudar.

En medio de tales reflexiones se vino á mas andar el alba, momento que Zorrilla y Haes nos han procurado describir y pintar con toda la magia posible de sus divinas y respectivas artes. Este inefable espectáculo de la naturaleza entre luz y sombra dejó pasmado á Antonio y le recordó que la hora de su deber se acercaba. Sacó despacio el reloj; las tres! y sintió oprimirse el corazón, nublarde de nuevo sus ojos y flaquear las rodillas. Volvió tardamente la cabeza á atrás á ver por la vez última los sitios de sus pasadas venturas, y en esto reparó el obelisco del Dos de Mayo que se destacaba enhiesto por cima de los cipreses. ¡Oh venerables sombras, dijo, vosotras al fin habeis muerto por una causa gloriosa, pero yo muero por una tontería, por una mujer que no amo y por una causa que ignoro; así lo quiere mi desdichada suerte! y con un hondo suspiro despidióse al fin del teatro de sus amantes recuerdos, dirigiendo en seguida sus pasos hácia la Casa-Moneda.

El amanecer fortifica tanto como alegra el alma; así que la esperanza en su buena estrella tornó á consolarle y dióle alguna serenidad para no envidiar al paso el magnífico palacio de Salamanca asentado muellemente en medio de su vasto jardín de árboles y de flores; abnegación sublime de Antonio que no se le ocurriera jamás á no ser en tan atribulado momento. Aceleró la marcha por delante del lujoso palacio de Calderon, y en tres minutos llegó á la plazuela y punto señalado donde sus padrinos ya le aguardaban. Tiernamente Antonio abrazó á su amigo Luis, el cual estrechóle á su vez con muestras del mas cariñoso afecto:

—¿Cómo has pasado la noche?

—Mal, respondió Antonio, pues con el cuidado de la hora no he podido dormir.

—¿De veras? dijo Luis, mirándole con cierta espresión.

—De veras. ¿Piensas que este lance podía quitarme la tranquilidad? Bah... y teniendo, como tengo, tanta confianza en el hábil manejo de la pistola...

—Así, chico, y ánimo, que no todos los que se batien mueren.

—No faltaba mas, ¿qué se diría de tu amigo Antonio?

En estas y otras razones acercóse rápido el carruaje que conducía á los demás, y ya emparejados los coches siguieron el paseo de la Fuente Castellana, torciendo desde su remate á la izquierda en direccion de Baidés.

V.

UN DUELO EN BAIDES.

El lector instruido, sobre todo si es de Madrid, sabrá que Baidés anda ya en novelas, y que fue, segun cuentan, famoso lugar de recreo por los tiempos de

Felipe IV, de cuyo esplendor pasado no queda hoy mas que una modesta casa en la vertiente de honda cañada, de tránsito peligroso para los pacíficos habitantes de Chamartin y Fuencarral, que tranquilos y á deshora se retiraron á sus moradas.

Aquí, pues, llegados los héroes de nuestra historia, apeándose se saludaron con la cortesía en tales casos permitida, y dando comienzo acto continuo á los preliminares del duelo, apartáronse los padrinos trecho suficiente para cargar las armas sin la presencia inoportuna de sus ahijados. Aderezadas que fueron estas con pólvora en la forma concertada, pasaron á entregar á uno y otro su respectiva pistola. Horripilósele la piel á Antonio en el momento de recibirla.

—Valor, y la fortuna será contigo, dijo Luis en voz baja.

—Y mi fama desde hoy el terror de los cobardes y el encanto de las mujeres, añadió Antonio lo mismo, superándose á sí propio con lo inminente del riesgo, y pasó á colocarse en el punto designado frente de su contrario. Quince pasos de distancia mediaban entre los dos, y vueltos de espalda avanzaron otros cinco en dirección opuesta cada uno, al compás de la voz de sus padrinos. Dada la señal por estos volvieron ambos contentientes el rostro, rápidos girando sobre sus talones, y los disparos no tuvieron otra consecuencia que el retumbo que siguió magestuosamente sonando en todos los ángulos y rincones de la estensa cañada. Cargadas nuevamente las pistolas y acertada un poco mas la distancia, pero en la forma anterior, dispararon segunda vez y en desacorde con el mismo resultado que antes. El ruido y olor de la pólvora tiene un mágico poder sobre los nervios de la gente joven, así es que los escita y enardece, incluso á veces los de aquellas personas que aparentan una complexion delicada y enfermiza. El contrincante de Antonio era de esta clase, y sin embargo, fuese acalorando lo suficiente para exigir una nueva tentativa, contra la opinion de los padrinos, que consideraban terminado el duelo, y calificadas los dos de buenos y valientes caballeros en campo raso. Antonio no quiso aparecer inferior ni cobarde, y echándola de temerario con admiración de Luis, que no había sospechado hasta entonces pudiese rayar tan alto en punto á valentías, propuso que el nuevo disparo se verificase á veinte pasos, marchando de frente el uno contra el otro. Rechazaron los padrinos, por hacerse de rogar, proposición semejante, y de nuevo seguían insistiendo en su tenaz propósito. Al fin, remolomamente consintieron en esta tentativa, y cargaron las pistolas con doble pólvora para que el efecto fuese mas ruidoso. Empuñadas otra vez las mortíferas armas, adelantáronse con visibles señales de flogedad de piernas y peor simetría de pasos, y pum... pum... de nuevo por la espaciosa cañada y sus revueltas se reduplicaron los ecos de tal manera, que aquello semejaba al fuego graneado de una compañía en ejercicio.

La escena que siguió fue cómica para los unos ¡que crueldad! y tierna para los otros. Los padrinos abrazaron á sus ahijados, imitando muy bien la alegría, felicitándoles por su raro valor y serenidad. En seguida los dos héroes se dieron un fuerte apretón de manos con muchas satisfacciones y promesas ¡inocentes! de que en lo sucesivo serian los mas amigos del mundo. Luis meditaba en esto lo que son las cosas de la vida y holgábase no obstante, sin escrúpulos de conciencia, de terminacion tan satisfactoria en este desagradable asunto. Antonio se daba para sus adentros el parabien y ofreció una visita al Prado en aquellas horas para él tan apuradas y angustiosas. Fenómenos inesplicables de la naturaleza humana! Ocurriósele entonces por la vez primera, lleno de sobresalto, que pudo haber muerto sin confesion ni comunión, de lo cual prometió enmendarse en lo sucesivo, siendo singular el caso de que, al revés de todo el mundo, la alegría le hiciese religioso en vez de la desgracia, suceso que podria explicarse por el excelente móvil de la gratitud al incomparable beneficio que á su parecer acababa de dispensarle la Providencia.

En este soliloquio se hallaba dulcemente embelesado cuando oyó la voz de Luis diciendo: al coche señores que el día avanza y aquí sobramos.

Parecióles muy temprano para tornar á casa y dispusieron hacer tiempo dando un largo rodeo, y alegres tomaron, látigo estallante, la vereda de Chamartin, arrabal presunto, sino en el próximo en los ensanches del Madrid futuro. Allí contemplaron al paso el hermoso jardín y palacio que, con el gusto que le distingue, construyó para su recreo el señor Guilhou, y mas adelante los de la gran casa de Mendoza y Toledo, circuidos de estensos parques habitados ahora, el de abajo por el buen sucesor duque de Pastrana, que le restauró con grandes mejoras y le tiene amueblado lujosa y esquisitamente; y el de mas arriba por un colegio de madres Ursulinas, rico don de la ilustrada munificencia del citado Duque. También recordaron, aunque no eran muy fuertes en historia, la permanencia en él por algunos días de Napoleón primero, los decretos allí publicados sobre las órdenes monacales, la abolición del Santo Oficio y la cama en que durmió aquel hombre singular, con las mismas ropas y colgaduras de entonces, vista por Luis en una escursión de la semana anterior en las habitaciones bajas que dan al jardín, preciosas todas

ellas y pintadas con gusto y por buena mano al temple.

Entretenidos en estas y otras memorias de tan reducido pueblo, llegaron á Fuencarral de donde volvieron paso á paso á la corte para no anticipar la hora convenida. Desde la carretera saludaron el depósito de aguas, si humilde en las apariencias, el mas grandioso y útil monumento del presente y los pasados siglos, y entrando por la puerta de Bilbao, que á la sazón parecióles arco de triunfo, se apearon del todo satisfechos delante de la fonda del Cisne. Sentados los seis alrededor de una mesa empezaron á llamar muy recio á voces y palmadas poniendo á todos los mozos en pie como unas grullas. Pidieron listas y diéronse á discurrir sobre la mejor eleccion de platos para el almuerzo. Por los nombres de las cosas que á la vez unos y otros designaban veníase en conocimiento de que el apetito no era flojo, pero surgian sin embargo dificultades por una y otra parte, á las cuales se puso feliz término por Antonio que levantó imperiosamente la voz diciendo: «Mozo jamon en dulce y pavo trufado: triples raciones con vino de Burdeos y de Champaña, y pronto.»

Tal fin y remate tan tónico para los susceptibles y delicados nervios tuvo pues la malhadada taza de café, causa de desazones y peligro tamaño en esta famosa jornada.

D. M. RAYON.

MISTERIOS DE UNA SOMBRA.

CUENTO

POR D. FERNANDO MARTINEZ PEPE ROSA.

—Un malvado acariciado por la suerte, protegido por la sociedad, encomiado por las mujeres vanas y admirado por los hombres sin vergüenza. Un ente miserable que solo vive para el crimen simulado, para alterar la paz doméstica, y para dormirse insaciable sobre los laureles del vicio. Un hombre aleve que esgrime el anónimo para matar las ilusiones de un corazón sin mancha. Un asesino, que marchita la existencia de una mujer sensible, no es digno de morir sino por la mano de otro asesino, pero yo soy generoso, y voy á concentrar en la mía, todo mi pasado vigor para librar á la sociedad de uno de tantos reptiles como la envenenan!

Don Juan calló. García trémulo, apenas balbuceaba algun nuevo insulto. El anciano añadió bajando la voz y con actitud serena.

—Cuando usted guste, y sin mas testigos que uno por cada parte.

—Mañana, contestó el baron.

—No, esta misma noche.

—Mejor. ¿Cómo? ¿dónde? ¿á qué hora?

—Señor baron, repuso Lopez con energía; me debe usted una bofetada y yo nada le debo á usted.

—Elijo, murmuró García reprimiendo la cólera, el florete. Al mediar la noche en mi casa.

—Son las nueve añadió Lopez, mirando su reloj. Hasta dentro de tres horas.

Y ambos se alejaron cruzándose dos miradas. La que partía del joven; de odio; la que partía del viejo, de lástima.

La misma noche, Gertrudis y Adelaida mantenian un vivo diálogo. Esta habia esforzado todo su valor para significar á su prima, que era indispensable la separacion de ambas viéndose ajada la vanidad de la viuda y vencida la influencia que habia sabido emplear con buen éxito, en aquella casa donde no se obedecía mas voluntad que la suya. Gertrudis se irritó al comprender la resolucion de la esposa de Carlos. Fingió un desmayo; derramó algunas lágrimas engañosas; acusó de ingrata á Adelaida y antes de separarse de ella, la pintó con negros colores la tibieza que habia advertido en el trascurso de un año, en las cartas de Martel.—Nada ha contestado, la dijo, á las repetidas insinuaciones que le has hecho acerca de su regreso. No sabemos aun el resultado de las gestiones que iba á practicar á la Habana. Desengáñate Adelaida, tu marido deja entrever, en su fria conducta, algo que debe hacerte comprender la falacia de los hombres. ¡Todos son iguales! ¡les entregamos nuestro corazón y le despedazan sin piedad!

Adelaida habia llegado á un estado de insensibilidad alarmante. La brillantez de sus ojos se habia amortiguado; las huellas del sufrimiento surcaban su rostro; y los pómulos salientes que escondian sus mejillas, y su cuerpo abatido, demostraban la intensidad del mal interior que iba apagando su existencia, semejante á la luz moribunda que oscila.

Habia delinquido con el pensamiento y la conciencia la acusaba, aborta su imaginacion ante una sola idea, y desprendida de todas aquellas que habian dado pábulo á sus ilusiones, Adelaida respondió con lágrimas y silencio á las palabras de Gertrudis. La elocuencia muda del llanto no impidió que la viuda, insistiera en sus malhadados augurios y por término á sus reflexiones pronunció el nombre del baron del Lirio, probando á despertar las sensaciones de su prima.—¡Te ama! exclamó con persuasivo acento. Te ama con el delirio del que ha dado expansion á su alma y llega á un estremo en que no puede retroceder. El baron no vive sino

para tí; no sueña con otra felicidad que con la de volverte á ver; su estado de languidez es muy parecido al tuyo. Los dos os consumís en un mismo fuego!...

—¡Calla ¡Calla demonio!—murmuró Adelaida con un acento de demencia que reanimó su espíritu. ¡Calla y vete Gertrudis, no me hagas padecer mas! ¡Carlos viene y si te oyerá!... Sí, Carlos está ahí. ¡Voy á verle!... ¡No me hables mas del baron por caridad!

Y los nervios de la pobre mujer se crispaban y su mirada vaga é indecisa, causaba espanto.

Gertrudis tenia una alma templada en el crimen y continuó:

—Mira, prima mia. El baron quiere partir de Madrid para siempre. Me ha asegurado que tiene que volver á la Isla de Cuba, donde le llamó un deber... Se va, pero jura que se matará si no le concedes el favor de que estreche tu mano. Yo te conozco, he leído muchas veces en tu corazón compasivo. Concede á García esta insignificante prueba de amistad... ó mejor dicho, perdóname por habérsela concedido en tu nombre.

—¡Dios mio! exclamó Adelaida temblando.

—Esta noche á las diez va á venir á verte.

—¡No, no! ¡Yo debo odiarle!...

—¡Sí, me lo ha jurado y, le conozco, vendrá! Si no le recibes acaso te guardará rencor; se vengará; las consecuencias de su cólera te pueden ser funestas; tu nombre lanzado al aire por la calumnia, puede servir de escándalo... piensa en lo que haces. Hasta mañana. ¡Animo! Adios.

Y Gertrudis salió de casa de Carlos, sin sentir la mas pequeña emocion á la vista de Adelaida, cuyo cuerpo se revolvia en tremendas convulsiones.

Era el anochecer y trascurrió una hora, hasta que los sentidos de Adelaida se despejaron un tanto. Durante aquella lucha espantosa, no oyó una voz siquiera que la consolara, ni acudieron los criados, los cuales ignoraban el estado. Alzóse la infeliz mujer del diván, donde habia tratado de resistir inútilmente, tan horrenda crisis, llevóse la mano á las sienes y al débil resplandor de un rayo de luna que penetraba en el gabinete, vió sus dedos teñidos en sangre! Los rudos golpes de la convulsion habian herido su blanca frente y la herida produjo una hemorragia abundante.

Adelaida parecia loca. Detenia con sus marmóreos dedos la sangre y la herida manaba, manaba y la joven no advertia su peligroso estado, aterrada con una aparicion que vagaba á su alrededor sin dejarla respirar. Oía llamar á la campanilla. Sentia unas pisadas que retumbaban en su cerebro. La oscuridad crecia y la sombra de Carlos la contemplaba con una sonrisa amarga de desprecio...!

Adelaida quiso tirar de la campanilla pero una fuerza superior á las cortas que la restaban, se lo impidió. La infeliz debilitada por la sangre con que habia regado la habitacion, comprimió su frente atándosela con un pañuelo de batista. El mismo pañuelo que habia estado en poder del baron, y cuyo roce la quemaba!

Iba, venia, en su delirio; pensaba abrir el balcon y gritar; intentó deslizarse sin que la aparicion lo advirtiera, hasta las habitaciones donde se hallaban los criados. Todo inútil. Un fantasma terrible y amenazador la sala al paso; una mano de hierro sujetaba las suyas; una argolla pesada oprimia sus pies... Fijó su vista en el retrato de su marido como si esperara obtener un perdon, que no se habia atrevido á demandar y el retrato se habia borrado desapareciendo la figura. ¡Dios mio! exclamó, ¡cuánto sufrí!... y la sombra contestó. ¡Sufre! ¡Sufre! y un sudor copioso se deslizaba por su cuerpo, el cual la enfriaba y Adelaida sentia el estremecimiento que precede á la muerte!

En esto dieron las diez. Los sonidos de la campana monótona del reloj se dejaban caer en los oídos de la esposa de Carlos, produciéndola el efecto de una maza que trituraba su cabeza! Un aire metálico se esparció por la atmósfera que respiraba. Adelaida se apresuró á cerrar el pasador de la puerta del gabinete y la sombra se habia anticipado abriendo las puertas de par en par... ella se guareció en un ángulo de la habitacion y se puso á escuchar, sin poderse apenas sostener; sentia que su aliento se aminoraba por instantes, y á su oído no llegaba mas que el eco de los suspiros que exhalaba la sombra...! Adelaida sobrecogida comenzó á rezar con la imaginacion; deslizó suavemente sus miembros cada vez mas rígidos y cayó de rodillas, articulando la palabra perdon. Así permaneció dos horas sin fuerzas para moverse. Un letargo pesado y triste aumento su delirio, en términos que parecia que su razon la habia abandonado para siempre. Carlos balbuceaba temeroso, ¡yo te amo! ¡defiéndeme del baron! ¡Ahí le tienes; ha venido porque yo tengo la culpa... ¡ha venido porque yo fui una vez á buscarle!... ¡iré le dije!... ¡y fui, sin acordarme de tu sombra, de esa sombra que me contempla y me abruma con su aspecto de dolor!

Sonaron las doce. Aquellas dos horas habian agotado, por decirlo así, la vida de la desventurada Adelaida. La sangre de su frente no habia cesado de brotar y un pequeño lago se miraba á sus pies. Hubo un momento de calma, en que se perdieron en el espacio, ese conjunto de acentos inarmónicos y de prolongados sonidos que giran en torno de una alma próxima á desprenderse del cuerpo; la sombra habia desaparecido; el corazón de Adelaida se movió expansiva, aunque lánguidamente;

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1865.



ENERO.

—Que han dado ya las doce, caballero.
—Bien, Diciembre.—Alto allá, que soy Enero.



FEBRERO.

—¿Qué va á ser?—; Píde, salero!
—No tengo gana..... ¿Hay puchero?



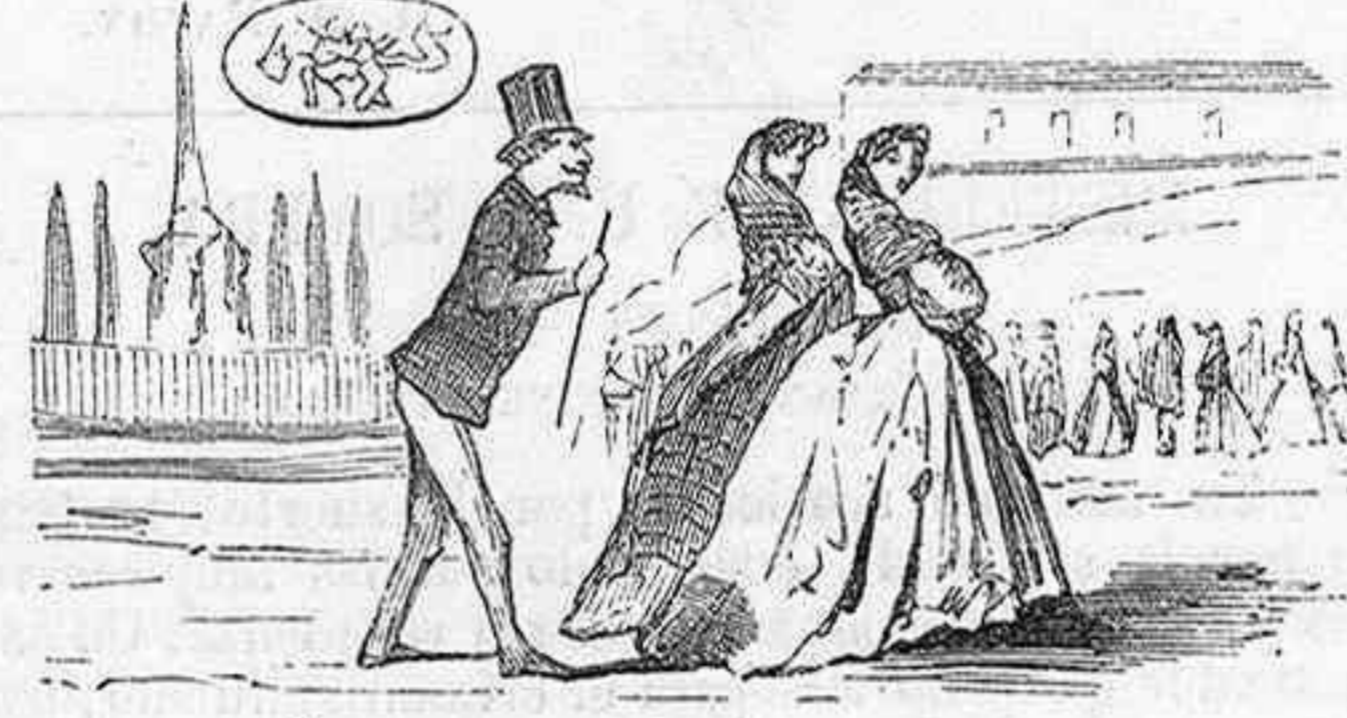
MARZO.

Ya da flores la tierra por tributos,
y en vez de flores mi mujer da frutos.



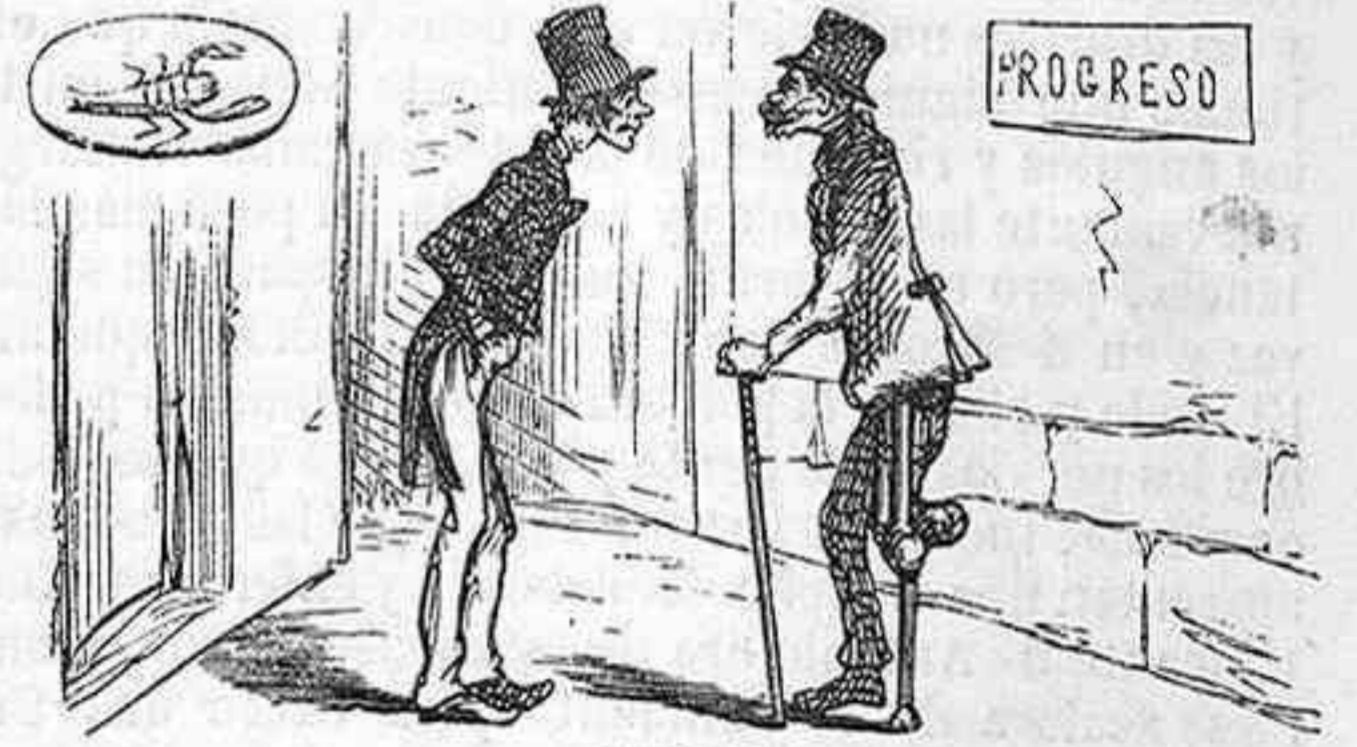
ABRIL.

Si es abril primavera de la vida,
¿dónde se fué nuestra estación florida?



MAYO.

—¿Viene usted á ver los mártires, señora?
—Uno estoy viendo sin querer ahora.



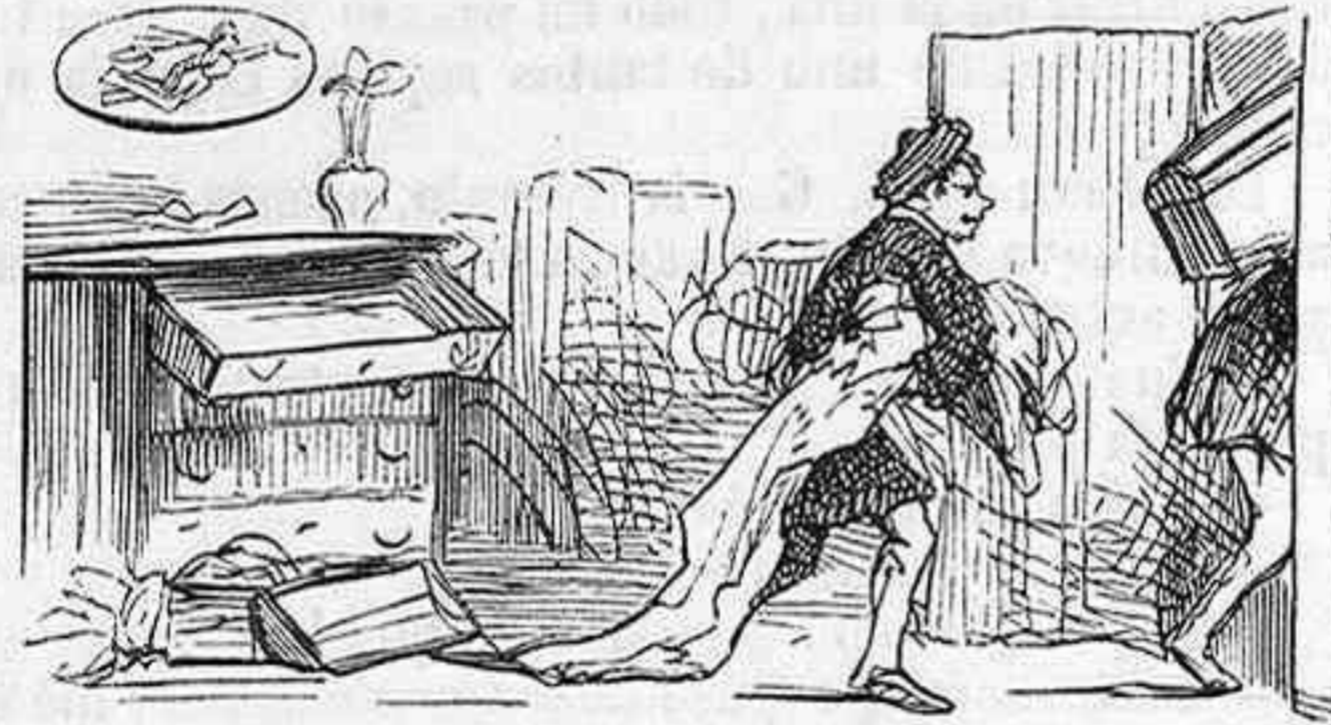
JUNIO.

Once años ha que hundióse el polaquismo.
Cesante era yo entonces—¿y hoy?—lo mismo.



JULIO.

Gracias al señor Alcalde,
se baña Madrid de balde.



AGOSTO.

Medio seguro de buscar dinero
para irse á veranear al extranjero.



SETIEMBRE.

—Chico, todo en Madrid se vende hoy dia,
—mas no todo se compra, y ya varia.



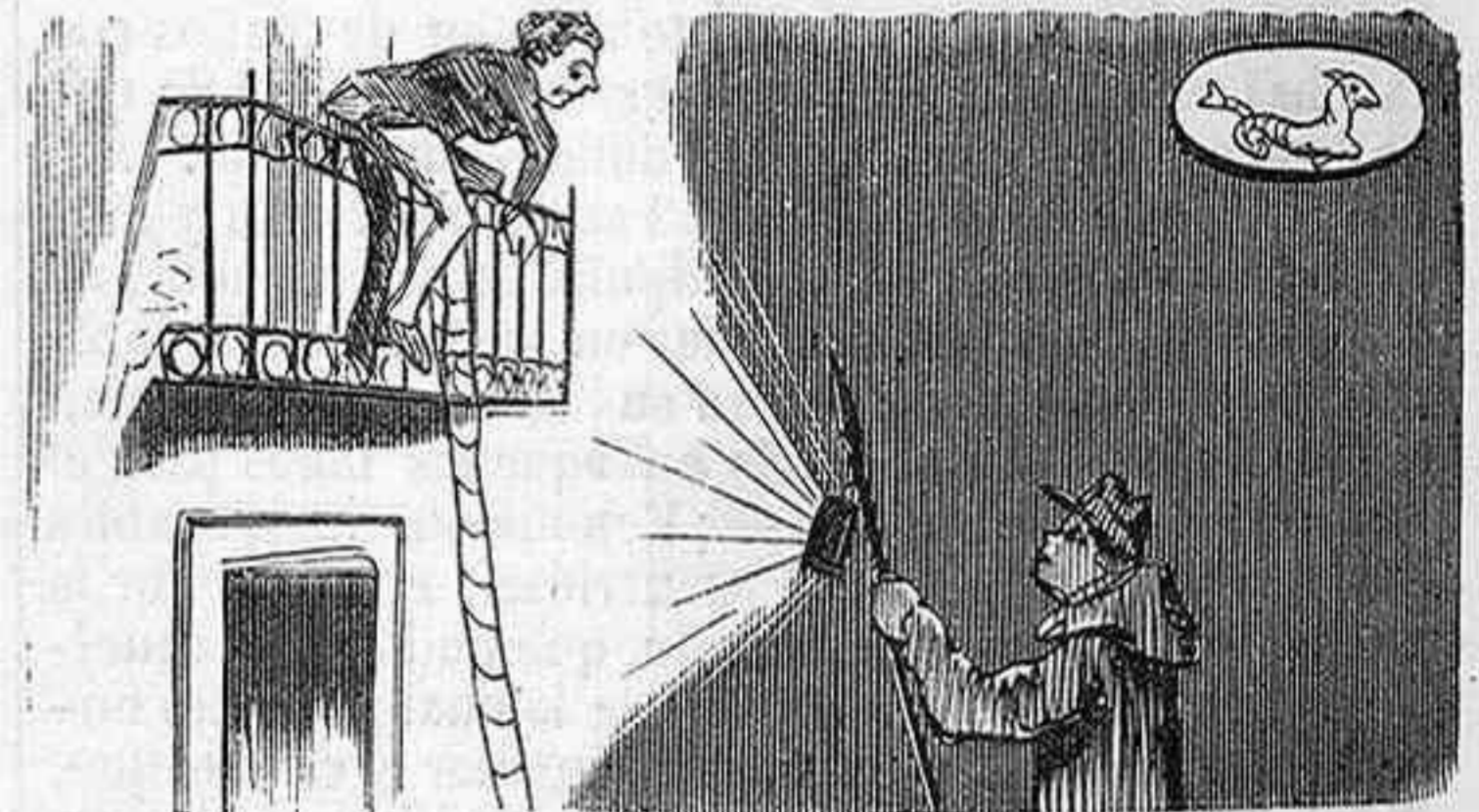
OCTUBRE.

Ella.—Que cayeron las hojas yo discurro.
El.—Yotambien voy cayendo de mi burro.



NOVIEMBRE.

—Poned esto en la tumba de mi Elena,
por ella rico soy, ¡grande es mi pena!



DICIEMBRE.

—¿Qué hace usted ahí, señor mio?
—Preservarme contra el frio.

Este ALMANAQUE, escrito por los primeros literatos, y con profusion de grabados, se regala á todos los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL, para todo el año de 1865, remitiéndoseles tan pronto como se tenga aviso de la renovacion de suscripcion. Este ALMANAQUE, por la multitud y variedad de sus artículos, es de lo mas interesante que en este género se ha dado á luz; y estamos seguros de que una vez en la mano, no podrá dejarse sin haberlo leído todo.

Los que se suscriban directamente lo reciben tan pronto como remitan su importe en libranzas ó sellos de correo.

Véndese á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias franco el porte.

un apacible bálsamo cundió por sus venas al contar las vibraciones del reloj... y sus arterias se vigorizaron, hasta tal punto, que logró ponerse en pie.

En aquel instante se oyó lejano ruido de un carruaje que se aproximaba y momentos despues el sonido de la campanilla de la escalera. Adelaida, avanzó maquinalmente, unos cuantos pasos hasta la puerta del gabinete, lanzó una melancólica mirada á la luna que iluminaba su desfigurado semblante y encontrándose sus ojos con los del retrato de Carlos, que habia vuelto á aparecer en el lienzo, exclamó tranquila: ¡No temas; voy á morir!

Adelaida se habia arrancado una cruz ensangrentada que pendía de su cuello y la besaba convulsivamente. —¡Ahí está ese hombre! repetía. El baron sí, viene á verme morir; ¡viene á recrearse en su obra!

El recién venido la habia escuchado, y penetró en la

sala, acompañado de dos niños que le seguian con la docilidad del cordero. Adelaida les salió al encuentro arrastrando. Al reconocer al hombre que acababa de presentarse exhaló un ay que podia confundirse con un rugido de desesperante alegría.

—¡Es la sombra! murmuró. ¡Vete García, vete! y clavando por última vez sus ojos en aquella figura absorta y abatida añadió reconociéndola. No no, es Carlos! ¡Carlos de mi vida, perdóname! y se desplomó, muerta en sus brazos.

Martel oprimió suavemente contra su corazon el corazon de Adelaida, el cual habia cesado de latir para siempre. Lanzó una maldicion. Los niños se estremecieron pidiendo socorro, y don Juan asomó sus cabellos blancos y su alterada faz por la puerta de la habitacion.

—¡Padre! ¡amigo! exclamó con fúnebre acento Car-

los al ver al anciano. ¡Mi Adelaida ha muerto! ¡García debe morir!

—¡Dios le haya perdonado! murmuró solemnemente don Juan. En este instante acaba de espirar, y humedeciendo la helada frente de Adelaida con una lágrima única, añadió, tendiendo su diestra á Carlos.

—¡Hijo, yo te devuelvo tu honra!
Carlos besó silenciosamente la mano del amigo fiel y elevando el espíritu al cielo, su corazon formuló estas palabras: ¡Dios mio, yo la perdono! y señalando á los huérfanos: ¡Señor, hé aquí mis hijos!

FIN.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.

ze.
hal
cio
de
ate
mu
des
ya
Do
se

mo
un
sue
ella
cau
y c
cias
que
este
mo
cen
pad
bili
de l
á lo
i